



tidario o jefe de partido de los Babenberg. No pudo estar, como hubiera correspondido a un rey, por encima de los bandos, ambos más poderosos que él, porque se le había quitado la base capital de su potencia real, la dominación segura sobre la Iglesia. También los días del poder real alemán parecieron estar contados y pudo creerse que entonces (en la mitad del siglo XII) iba a tener su natural desarrollo ese estado de subdivisión e impotencia, que, en efecto, como todos sabemos, no se cumplió hasta un siglo más tarde.

No se había llegado todavía a tanto. Quedaban en la nación y en la era fuerzas bastantes que esperaban solamente la voz de una fuerte personalidad que las despertara, para colaborar en una nueva elevación del Reich. El destino dispuso que después de la muerte de Conrado se colocara a la cabeza del Reich Federico I, el hombre de la situación (1152). Con él comienza un nuevo capítulo. El curso de la historia alemana, que parecía descender incontinentemente, queda atajado, cambiado y se eleva de nuevo en rápido ascenso hasta la cumbre más alta.

Por primera vez en la historia de Alemania hallamos en Federico I el aliento vital de una gran personalidad. Falta mucho, sin embargo, para que podamos enorgullecernos de conocer el hombre y el carácter. Hasta su retrato, por lo que nos cuentan de él sus contemporáneos, no es ya un cuadro de fuerte colorido, sino apenas un dibujo de contornos indecisos. Pero que se trata de un hombre sobresaliente, de un soberano de rara potencia y voluntad, nos lo enseña cada página de su historia, nos lo dicen sus actos así como también los juicios de sus coetáneos.

Vale la pena establecerlo, pues con ello se afirma que la época determinada por su advenimiento al poder

es también su obra personal. Es cierto que tuvo preclaros colaboradores: un Rinaldo de Dassel, un Wichmann de Magdeburgo, un Felipe de Heinsberg, un Cristián de Maguncia, todos ellos hombres de estado de gran envergadura. Pero fueron y continuaron siendo sus servidores y él, su señor. Su grandeza personal está definida exactamente por el hecho de que estuvo siempre por encima de ellos, y de que siempre encontró nuevos y grandes servidores.

Se reconoce en seguida que sus actos tienen carácter personal, en el hecho de que establece, inmediatamente después de su advenimiento, el programa de acuerdo con el cual gobernará. Lo mantuvo hasta el fin, y lo cumplió. En una síntesis a grandes rasgos expresa: "*ut Romani imperii celsitudo in pristinum suae excellentiae robur reformetur*" (1), para restablecer en poder y dignidad el sublime imperio romano; o, en otras palabras: restablecimiento del imperio, tal cual este imperio había sido, como una realidad política, es decir, la soberanía alemana en Italia.

Las circunstancias lo favorecieron. La situación en Italia, después de la desaparición del imperio alemán, había evolucionado de tal manera, que los mismos Pontífices debían desear urgentemente su reconstitución. Con el dominio alemán se había derrumbado simultáneamente en Lombardía, durante las luchas en el litigio por las investiduras, el poder de los obispos; las ciudades se habían independizado y actuaban como si fuesen los dueños del país. El ejemplo fué imitado también en Roma, y los Papas se vieron desalojados y a veces eliminados de la soberanía de su ciudad y de su territorio. Sucedió además

(1) Para reformar la dignidad del imperio romano en la pristina fuerza de su excelencia. (N. del T.)

que en la Italia meridional los distintos principados normandos llegaron a fundirse en un estado unitario, el reino de Sicilia, una gran potencia que dominaba el mar y que con el peso de su poderosa vecindad gravitaba también sobre el estado de la Iglesia. Había pasado hacía mucho la hora en que Gregorio VII soñó y Urbano II logró ver realizado parcialmente el ensueño de un Papa que, como jefe de una coalición de pequeños estados, debía gobernar la península. El Pontífice se encontraba inmovilizado entre vecinos más fuertes o rebeldes, sin base sólida para su poder; le faltaba el aire.

¿Qué más natural, sino que dirigiera sus miradas en procura de auxilio hacia el rey de Alemania? El renacimiento del imperio, las armas alemanas, debían traerle alivio, liberación, protección y amparo. Para este fin emprendió Lotario su brillante campaña, pero después de su muerte todo volvió a las condiciones de antes. Conrado III no había logrado responder a los deseos del Papa. Tal cosa se esperaba ahora de Federico.

Esta necesidad de la política pontificia dió a Federico la posibilidad de fortalecer nuevamente, y ante todo en Alemania, las bases de la soberanía real. Pudo permitirse restablecer el viejo privilegio de la Corona en la investidura de los obispados, sin que Roma se lo prohibiera. La Iglesia alemana le obedecía de nuevo y le sirvió tan celosa y fielmente como antes a Otón I. Con sus fuerzas personales y materiales llevó a cabo, en su parte esencial, el restablecimiento de la dominación alemana en Italia.

Pudo emprender el primer intento con este fin junto con el Papa (1153-1154). Su fracaso fué completo. En su primera campaña italiana no consiguió obligar a las ciudades lombardas a que se sometieran a la soberanía ale-

mana ni tampoco auxiliar al Papa para recobrar la posesión de su capital. Ni siquiera se inició la campaña militar planeada contra Sicilia.

La consecuencia de este fracaso fué que el Pontífice se alejó desengañado de la alianza con Alemania, se echó en brazos de los sicilianos y se unió a los lombardos. Federico se encontró así ante el dilema de renunciar a su programa o de intentar imponerlo a la fuerza contra la resistencia coligada de toda Italia, contra el rey de Sicilia y contra el Papa. Se decidió por lo segundo.

Comenzó la lucha en el año 1158. No la ganó. Logró, es verdad, la sumisión de toda la Lombardía en una campaña de cuatro años, pero esa sumisión duró poco tiempo. Cuanto más firmemente la administración alemana intervenía en ciudades y regiones —se trataba de un gobierno inmediato de funcionarios que se sale ya totalmente del marco acostumbrado de las instituciones feudales— tanto más fuertes crecían las oposiciones pasivas. Cuando Federico, en el año 1167, volvió a aparecer personalmente en Italia, para consolidar lo conquistado, encontró en varios lugares abierta rebelión. Y, en efecto, cuando un ejército imperial, que acababa de ocupar a Roma, fué aniquilado en plena carrera de triunfos por una epidemia, se levantó la mayor parte de la Italia septentrional en una rebelión que ya no pudo ser sofocada. Nunca se llegó a un ataque serio contra Sicilia, y se demostró que el proyecto de aprehender al adversario principal, o sea al Pontífice, era irrealizable. De nada le sirvió al emperador y más bien lo perjudicó que en la elección del año 1159 el Papado sufriera una escisión, porque entonces uno de los contendientes fué considerado por todos como un instrumento del emperador alemán, y la Iglesia, con tanto más apasionamiento, tomó partido por su adversario en casi

todo el occidente, exceptuando a Alemania, es decir en Francia, Inglaterra y Escandinavia. En todas partes se temía que, si ganaba el Papa imperial, los alemanes dominarían también a la Iglesia, y contra esa posible dominación universal se rebelaron los demás pueblos con mucho mayor encarnizamiento, porque no querían reconocer de modo alguno a los alemanes una preeminencia de jerarquía en el terreno espiritual; más aún, los despreciaban como atrasados e incultos.

El apoyo del exterior, sobre todo de parte del clero francés, fué lo que possibilitó, en último extremo, que el Papa romano Alejandro III se sostuviera contra el poder militar del emperador. El rey de Francia le ofreció refugio cuando aquél no se sintió seguro en Italia y las iglesias francesas le dieron el dinero que le hacía falta para la guerra. El juego se tornó por fin desesperado para Federico, cuando intervinieron también las potencias orientales. Venecia y Constantinopla, amenazadas por la posibilidad, que surgía, de un espacio cerrado ítalo-alemán en el campo económico y comercial, tomaron partido contra el emperador y su apoyo aportó a los lombardos fuerzas que el poder alemán no era capaz de dominar. La derrota de Legnano (1176), aunque no fué una batalla de mayor importancia —en ella fué dispersada solamente una parte del ejército alemán mediante un ataque sorpresivo—, convenció a Federico de que no podría ganar la partida.

Se decidió, pues, a abandonarla, pero únicamente para comenzar en seguida otra con nuevas piezas. Con la paz de Constanza (en el año 1183) renunció al sometimiento inmediato de Lombardía, reconoció la autonomía de las ciudades y se conformó con que ellas, por su parte, admitiesen la soberanía suprema del emperador. Para eso buscó

y halló una compensación en Toscana. Fué la herencia de la condesa Matilde, amiga y aliada de Gregorio VII, la que le debía ofrecer la base para un territorio imperial propio. La gran condesa, la última de su familia, había legado sus inmensos bienes privados a San Pedro, pero jamás los Papas habían podido entrar en posesión de ese valioso legado. Ahora el emperador había reunido en sus manos toda la enorme masa de heredades. Desde allí dominaba la Italia central y tenía en jaque al mismo tiempo al Papa y a los lombardos. También acertó a celebrar con el rey de Sicilia un tratado de amistad y de paz y una estrecha alianza, que fué sellada por el casamiento del príncipe heredero alemán, el joven rey Enrique VI, con la princesa Constanza de Sicilia.

De esta manera Federico supo vencer políticamente, después de haber fracasado militarmente. Por todos los pueblos su nombre fué ensalzado como el del héroe más brillante y del soberano más poderoso que hubiese conocido el mundo desde Carlomagno. El mismo Papa se allanó a ello: podía vivir de nuevo, bajo la protección de las armas alemanas, en la Roma que obedecía sólo a disgusto. Federico pudo concluir su reinado en el papel indiscutible de conductor del cristianismo occidental, cuando en el año 1189 partió para libertar el Santo Sepulcro, que poco antes (en 1187) había caído en manos de los infieles. No logró este fin, porque la muerte lo sorprendió en el camino. Pero aun así había cumplido el deber de su vida; el imperio había sido reconstituído en su antigua fuerza y dignidad, más hermoso todavía de lo que jamás fuera anteriormente. La posteridad, hasta nuestros días, cuando habla del antiguo imperio alemán, no piensa en Otón I o Enrique III, sino en Federico Barbarroja. La leyenda y la poesía

lo consideran como la personificación de esta gran idea de nuestra temprana nacionalidad y la historia no puede discutirle ese papel.

Sin embargo, tampoco Federico logró llegar a la cúspide de la obra, lo que estaba reservado a su hijo Enrique IV. Al extinguirse la rama masculina de la casa real siciliana en 1189, le correspondió a él, como marido de Constanza, el derecho a la corona del reino meridional. Secundado por la suerte, como raramente acontece, se impuso en varios años de tenaz esfuerzo. Y cuando se hizo coronar en Palermo, en la Navidad de 1194, la Italia entera le obedecía, ante él se inclinaba el rey de Inglaterra y el rey de Francia reconoció también su supremacía. Y más aún, mucho más: con la posesión de Sicilia el imperio se convierte en una potencia marítima, puede dominar el Mediterráneo y su brazo llega hasta el oriente. Pronto se comprobaría esto. Cuando Enrique reanudó la cruzada interrumpida por su padre, Constantinopla consintió en prestarle apoyo y los reyes orientales se apresuraron a rendir homenaje a la estrella de la grandeza alemana: los soberanos de Chipre y de la Pequeña Armenia aceptaron de manos del emperador romano la investidura feudal de sus reinos.

Había quedado fundado el poder mundial de Alemania, más magnificante y más ampliamente extendido que bajo el gobierno de Enrique III. Tan bruscamente como entonces y en forma aun más completa y definitiva se derrumbó ese poder, cuando Enrique VI falleció el 28 de septiembre de 1197, a la edad de apenas 32 años.

Esta desaparición halló al Reich en las circunstancias más desfavorables que se puedan imaginar. Otra vez como en 1056 el heredero fué un niño, el príncipe Federico, que no tenía aún tres años, elegido, pero no coronado, como

rey alemán. Desapareció justamente en el instante decisivo, la personalidad dominadora, y no había quien pudiera reemplazarla. Pero este cambio de gobierno llegó a ser un hado funesto y una catástrofe sólo por la pérfida actitud de una parte de los príncipes alemanes. Se dividieron en el momento en que más que nunca era necesario mantenerse unidos para conservar la herencia del gran Hohensaufen, la situación de poderío del Reich y la superioridad jerárquica de la nación. Contra el pequeño Hohenstaufen se levantaron los Güelfos con la pretensión del trono; se entrometió el exterior, Inglaterra por un lado, Francia por el otro, y el resultado (1198) fué una doble elección: Felipe de Suabia contra Otón de Brunswick.

Con esta doble elección del año 1198 se define realmente el derrumbe del imperio alemán. Entonces ganó la posibilidad de volver a levantarse la potencia que por la ascensión de aquél había caído profundamente: el Papado, su antiguo y principal adversario.

Hasta ese momento el Papado no había sido ni sometido totalmente ni captado moralmente. Por más esfuerzos que hicieron Federico y Enrique, no había sido posible un entendimiento definitivo con Roma. Si bien ésta cedió ante la supremacía del emperador, se había postergado todo para más adelante. Antes como después, el Papa fué el adversario del emperador, la Iglesia la enemiga del imperio.

Apenas había muerto Enrique VI se notó claramente la consecuencia. El Pontífice se colocó a la cabeza de la sublevación, que estalló inmediatamente en Toscana y en Sicilia. Su meta era nada menos que la destrucción del imperio. El Papa la logró gracias a la actitud de los príncipes alemanes, que políticamente insensatos, olvidaron todo honor y deber, y gracias también a la circunstancia

de que, en ese preciso momento, se halló a la cabeza de la Iglesia un hombre que poseía todas las cualidades para llevar a cabo la tarea: Inocencio III. Su elevación al solio pontificio y la doble elección alemana dan al año 1198 carácter de época. De nuevo se tuerce el curso de las cosas; lo que comenzó en 1152 y pareció concluído en 1194, vuelve entonces a su primitivo ser. A la reconstrucción del imperio sigue su desmoronamiento y la victoria de la Iglesia.

Inocencio no alcanzó a vivir hasta ver la victoria total de la Iglesia, pero la había preparado y asegurado, en cuanto era humanamente posible. Por lo que le concierne, su anhelo no era otro que el de Gregorio VII, que ya conocemos: expulsar de Italia el poder alemán, para convertirse él mismo en conductor y jefe supremo de los estados italianos. Por eso nada le venía mejor que la discordia en Alemania, la que le dejaba las manos libres en Italia para ensanchar y reforzar su propio poder.

El estado pontificio era demasiado pequeño para el papel dirigente que su soberano, el Papa, debía desempeñar de acuerdo con el programa papal. De ahí que Inocencio se apresurara a agrandarlo. Bajo el pretexto de la "recuperación" —reclamación de antiguos derechos— intervino como conquistador y se apropió vastas regiones en el territorio del estado que había quedado sin soberano: el ducado de Spoleto, la Marca de Ancona. No fué culpa suya si no logró anexarse también a Toscana; las ciudades toscanas rehusaron someterse. Pero aun así el estado papal engrandecido se tiende a través de la península como un ancho foso que separa el reino de Sicilia de la Italia imperial.

El futuro emperador debía aprobar esta conquista. Por